

Revista de Indias, 1985, vol. XLV, núm. 176

**UTOPIA Y REALIDAD
EN EL PENSAMIENTO NACIONALISTA ARGENTINO:
MANUEL GALVEZ ***

POR

MONICA QUIJADA
Universidad Complutense, Madrid

Manuel Gálvez, literato y ensayista argentino, nace en 1882 y muere al cabo de ochenta años, pocos meses después de haber puesto punto final a su última obra. Es, por lo tanto, testigo de un período que abarca la mayor parte de la historia moderna de la Argentina. Testigo ideológicamente definido pero voluntariamente independiente de encuadramientos políticos organizados, Gálvez es, ante todo, un intelectual preocupado por el mundo que le rodea. El punto central de su pensamiento es el nacionalismo. Las líneas convergentes el catolicismo, el hispanismo, la sensibilidad social.

Siendo la base del pensamiento de Manuel Gálvez su ideología nacionalista, antes de entrar en materia conviene señalar escuetamente las dos vertientes fundamentales en que se ha proyectado históricamente el pensamiento de ese signo en la Argentina. Dichas vertientes son: el nacionalismo de dercha, u oligárquico, y el nacionalismo popular, abarcador este último de un espectro político más amplio que se extiende hasta sectores afines a posiciones de izquierda. El primero encuentra su expresión y audiencia en una elite intelectual y suele incluir como componentes esenciales un catolicismo de perfil más o menos integrista y una actitud militan-temente anticomunista.

La corriente señalada en segundo término tiene una importante componente popular en cuanto a las bases de que se nutre y a las que se dirige, y es sensible a la injusticia social. Ambas tendencias coinciden en un elemento: el antiimperialismo (con sus principales reivindicaciones, el nacionalismo económico y la soberanía política), mucho más acusado en el nacionalismo popular que en el de

* Este artículo forma parte de una investigación más amplia, realizada entre los años 1981 y 1982, cuyos resultados generales han sido publicados. Cfr. Mónica QUIJADA: *Manuel Gálvez, 60 años de pensamiento nacionalista*, Centro Editor de América Latina, Biblioteca de Política Argentina, núm. 102, Buenos Aires, 1985.

derecha debido a la inclinación fuertemente anticomunista de este último que le hace optar en ocasiones por el «mal menor», en este caso la injerencia extranjera.

Manuel Gálvez, católico militante, vástago de una familia patricia y provinciana, y emparentado por matrimonio con la oligarquía porteña enriquecida por obra del auge económico que se produjo durante el régimen liberal inaugurado en 1880, se halla claramente enrolado en la corriente oligárquica. Sin embargo, mientras que el nacionalismo de derecha sostiene actitudes de rechazo más o menos inflexibles ante las complejas realidades sociales de un país en vías de estructuración, la posición de Gálvez es más amplia y matizada. La sensibilidad social y la firmeza de sus convicciones antiimperialistas lo acercan a la segunda tendencia.

El presente artículo se centra en treinta años del pensamiento político de Gálvez, de 1905 a 1935. Más específicamente, en las conexiones que en ese pensamiento se entablan entre la utopía y la realidad.

La utopía es el país que Gálvez desea, fuertemente teñido de su credo nacionalista y católico; la realidad, el país que da sustrato a sus ideas, signado por la irrupción de las masas populares bajo la conducción de un líder indiscutido y carismático: Hipólito Yrigoyen.

Manuel Gálvez, cronista e intérprete de su época, aspira a que las generaciones venideras puedan encontrar en sus libros la materia viviente que les permita comprender las realidades de un período que él observa y analiza con minuciosidad de investigador. Pero además de observador es protagonista apasionado, y en la confluencia de su quehacer intelectual, que pretende independiente y objetivo con su pensamiento político, no puede escapar al influjo determinante de este último. Ello le conduce a forzar la interpretación de la realidad hasta conseguir adecuarla a los esquemas ideales que le inspiran sus convicciones ideológicas.

La instancia final del presente análisis aspira a resaltar los resultados últimos que produce la convergencia del pensamiento utópico con la realidad, en el esfuerzo por hacer confluir ambos términos en un mismo plano.

Pensamiento y realidad en el Centenario

Pertenecía Gálvez a una familia patricia de la provincia de Santa Fe, encumbrada al poder político bajo el régimen del general Roca. Tanto su padre, del mismo nombre, como su tío, José Gálvez, ministro de gobierno de la provincia durante la infancia y adoles-

encia de Manuel y a quien éste profesaba gran admiración, encarnaban el prototipo de los hombres del 80, pragmáticos y ardientes defensores de las consignas de su generación: orden, paz y progreso. El gobierno de don José Gálvez fue un buen ejecutor de esa política en virtud de la cual se produjeron transformaciones en la estructura socio-económica del litoral: se trazaron caminos, se construyeron canales, puentes y diques, surgieron nuevos pueblos y, en consonancia con las teorías sarmientinas, se fundaron escuelas primarias y secundarias. Asimismo, José Gálvez fue impulsor de un profundo cambio legislativo, en el espíritu de las concepciones liberales del 80, y creó la Universidad de Santa Fe (1).

Testigo directo, por lo tanto, del notable proceso de desarrollo material que se produjo en el litoral, Gálvez admiraba la obra transformadora de los hombres del 80. Por ello, cuando en los alrededores del Centenario defiende la necesidad de rectificar su impulso, rescatando las tradiciones espirituales preservadas en el interior del país, no propugnará una contraposición beligerante entre ambas tendencias, sino una síntesis superadora.

En mitad de sus estudios secundarios Gálvez se trasladó a Buenos Aires con su familia. Allí completó el bachillerato en 1897 y en 1898 ingresó en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Culminó sus estudios con una tesis sobre un tema insólito entre los jóvenes de buena familia de la época: la trata de blancas. En esa época Gálvez se consideraba a sí mismo «anarquista tolstoiano» y era gran admirador del novelista Sicardi y del poeta Almafuerte, que se ocupaban en su obra de la injusticia social, tema que preocupó a Gálvez durante toda su vida.

En Buenos Aires hizo amistad con un grupo de jóvenes intelectuales, provenientes en su mayoría, igual que él, de hogares patrios provincianos (2), aunque figuraban también entre ellos vástagos de la oligarquía porteña y algunos apellidos de nuevo cuño (3). Estos jóvenes, cuyas primeras obras vieron la luz en la primera década del siglo, fueron más tarde conocidos genéricamente como la «generación del Centenario», reconociéndose en esa globalización una preocupación unitaria: la desestructuración de una sociedad caracterizada por un alto porcentaje de población aluvional y una marcada dependencia del exterior en materia económica y cultural.

(1) Carlos PAYÁ y Eduardo CÁRDENAS: *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Editorial Peña Lillo, Buenos Aires, 1978, pág. 25.

(2) Entre otros, Carlos Alberto Leumann y Gustavo Martínez Zuviría procedían de Santa Fe; Ricardo Rojas, de Santiago del Estero; Emilio Becher y Emilio Ortiz Grognet, de Rosario; Juan Pablo Echagüe, de San Juan.

(3) Por ejemplo, Atilio Chiappori (italiano) y Alberto Gerchunoff (judío ruso).

La famosa dicotomía de Sarmiento, «civilización y barbarie», fue reemplazada por «nacionalismo o exotismo». La sentencia de Alberdi, «gobernar es poblar», cedió el paso a una nueva consigna: «gobernar es argentinizar». La fórmula ofrecida por la generación del Centenario consistía en la defensa de la identidad nacional por la unidad de la enseñanza y la transmisión del idioma, la afirmación de los valores de la tradición cuyo baluarte era el interior frente al cosmopolitismo del puerto y la reivindicación de un origen enraizado en la madre patria; todo ello enmarcado en una voluntad de espiritualismo purificante que actuara de herramienta unificadora capaz de superar la diversidad y hacer que «yo y el otro» se convirtiese en «nosotros».

En 1910 Gálvez publica *El diario de Gabriel Quiroga*. Este libro y *La Restauración Nacionalista* (4), de Ricardo Rojas, son los dos pilares sobre los que se asienta el pensamiento del Centenario. En este pequeño ensayo, Gálvez pone de manifiesto el desequilibrio existente entre el litoral y el interior del país, advierte del peligro que suponen para la identidad nacional la inmigración y el predominio de las culturas francesa y anglosajona y propugna la necesidad de volver la mirada hacia el interior del país, en busca de los valores morales y espirituales que han quedado olvidados entre las ruedas del progreso vertiginoso y el afán de riquezas.

En 1906, Gálvez había sido nombrado inspector de enseñanza secundaria y normal y durante varios años viajó, casi sin descanso, por las provincias del norte y del oeste, que eran en términos económicos las más atrasadas del país. Ellas le hicieron sentirse «argentino de veras» y le impregnaron «de amor a lo nuestro y de auténtico nacionalismo» (5). Hombres, paisajes y costumbres desfilaron ante sus ojos y le permitieron descubrir el «espíritu estático», es decir, la antigua fisonomía espiritual y material del país, la tranquilidad y el sosiego que invitan a la contemplación, la conjunción del alma criolla y la herencia castiza. Para Gálvez, las ciudades provincianas tenían más carácter y personalidad propia que la cosmopolita y floreciente Buenos Aires. Había en ellas «cierta tristeza poética que faltaba en la capital, una mayor espiritualidad, un paisaje con alma. La vida era en tales ciudades más intensa y profunda» (6). Había llegado el momento de que la preocupación

(4) Ricardo ROJAS (1882-1957). Ensayista, poeta e historiador. Primer catedrático de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires. Entre sus obras principales, además de la citada, se cuentan: *Blasón de Plata*, *Los lises del Blasón*, *La Argentinidad*. A partir de 1916 dirigió las ediciones de la Biblioteca Argentina.

(5) M. GÁLVEZ: *En el mundo de los seres ficticios (Recuerdos de la vida literaria)*, Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 48.

(6) M. GÁLVEZ: *La Maestra Normal*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1930, pág. 20 (primera edición: 1914).

por la expansión de las riquezas y el progreso dejara paso a la reconquista de la vida espiritual argentina por medio de la educación de los ciudadanos, el estudio del alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales. «Hemos construido fuertes diques de energía y riqueza; ahora nos falta introducir, en el estanque formado por aquellos diques, el agua de vida que es la espiritualidad» (7).

En esta búsqueda de lo espiritual influyó un hecho trascendental en la vida de Gálvez, que se produjo por esos años: su retorno a la fe católica de la mano de su novia, Delfina Bunge, espíritu profundamente religioso. También había recibido la influencia de la filosofía krausista que se enseñaba a principios de siglo en la Facultad de Derecho, donde, como reacción al positivismo en boga, se produjo una recuperación de la filosofía irracionalista europea del siglo XIX. Por último, Gálvez y sus compañeros de generación eran fervientes lectores de Maurice Barrès, quien postulaba el valor del sentimiento frente a la razón y afirmaba que la decadencia de un país nace del olvido de los valores tradicionales.

El ideario argentino que propugnaba nuestro escritor debía surgir, volviendo la mirada hacia lo profundo, del fondo de la raza, plasmada en la conjunción de dos elementos: lo americano y lo español.

España apasionaba a Gálvez. Había estudiado su historia y su literatura y conocía con bastante profundidad el arte español, entusiasmándole, sobre todo, la pintura del Greco y de Velázquez. Se preciaba, además, de no tener una gota de sangre que no fuera española, y de descender de nobles hispanos, conquistadores y fundadores de ciudades, entre ellos Juan de Garay, segundo fundador de Buenos Aires. En 1905 y 1910 realiza sendos viajes a Europa, siendo España el país que concita sus mayores expectativas. Las hondas impresiones recibidas durante estos viajes habrían de fructificar en un libro, *El Solar de la Raza*, publicado en 1913.

El contacto con el paisaje, la arquitectura, las viejas piedras cargadas de historia, ejerce una profunda influencia sobre el escritor. «... fascinado por España, el más profundo e inquietante pueblo que conozco, recorrí (...) sus más interesantes regiones; experimenté las más íntimas emociones de mi vida y recogí en las viejas ciudades de Castilla múltiples enseñanzas» (8). Estas enseñanzas, dice Gálvez, deben ser trasplantadas como un germen al clima moral de la Argentina, para que allí arraiguen con vigor nuevo y forma propia. Pues la influencia española, «lejos de desca-

(7) M. GÁLVEZ: *El Solar de la Raza*, Biblioteca Calleja, Madrid, 1913, pág. 16.

(8) *Ibid.*, pág. 20.

racterizarnos, como ciertas influencias exóticas, nos ayuda a afirmar nuestra índole americana y argentina» (9).

A la generación del Centenario se debe el «redescubrimiento» de España, más específicamente de Castilla, cuya herencia era objeto de desprecio por parte del positivismo en boga a fines del siglo XIX en la Argentina y en otros países de América Latina, donde los errores y defectos del continente solían achacarse a la triple ascendencia característica de los pueblos hispanoamericanos: española, indígena y africana (10). Además de la revalorización de la herencia hispánica como bandera unitaria frente a la heterogeneidad de «lo extranjero», la generación del Centenario estaba influida por los pensadores españoles del 98, especialmente por Miguel de Unamuno y su búsqueda de la «vida intra-histórica», que surge no de libros, papeles ni monumentos, sino de la materia vital, silenciosa y continua que hace la historia de los pueblos (11).

Gálvez quería escribir libros que, como los de Benito Pérez Galdós, analizaran todos los recovecos de la psicología colectiva de la Argentina y fueran capaces de mostrar la realidad oculta del país, ayudando así al descubrimiento de ideales nuevos y al despertar de otros antiguos y olvidados.

Las tradiciones nacionales, plasmadas en el elemento criollo y cuyo último baluarte eran las provincias del interior, y la herencia hispánica, en conjunción íntima, debían ser la amalgama capaz de modificar, por la fuerza del espíritu, los elementos extraños que se incorporasen al país.

La búsqueda de una conciencia nacional a partir del espíritu, la tradición y las raíces no implicaba un retorno al pasado. Si bien Gálvez se interna en la contemplación de la vida provinciana y rescata la espiritualidad, la poesía, la conciencia de tradición, no deja sin embargo de ver su contrapartida: mezquindades, sordidez, ausencia de fuerza vital. Piensa que el interior carece por sí mismo del impulso que pueda señalar al país la senda conducente a la formación de la conciencia nacional, ya que representa al «espíritu estático», que en política se traduce en una tendencia tradicionalista y regresiva, contraria al progreso, nostálgica del país que existía antes de que los hombres del 80 cambiaran su fisonomía. A ese

(9) *Ibid.*, pág. 21.

(10) Por ejemplo, Carlos Octavio Bunge, cuñado de Manuel Gálvez, ensayaba a principios del siglo una exploración de la conducta del hispanoamericano por sus ancestros españoles, indios y negros. Concluía que las tres herencias eran nefastas, produciendo un tipo humano caracterizado por la haraganería, la tristeza y la arrogancia. Ver BUNGE, *Nuestra América*, Buenos Aires, 1918 (primera edición: 1903) y William R. CRAWFORD, *A century of Latin American thought*, Harvard Univ. Press, Mass., 1961.

(11) La influencia de los pensadores españoles del 98 sobre la generación del Centenario ha sido estudiada por Payá y Cárdenas [1].

espíritu estático contraponen Gálvez el «espíritu dinámico» del litoral, el cual, liberal y cosmopolita, desprecia las fuerzas telúricas y el origen hispánico, tiene los ojos puestos en Europa y los Estados Unidos y sólo se interesa por el progreso material.

Gálvez, que es un hombre de provincias, pero del litoral, ha visto luchar ambas tendencias en la Santa Fe de su infancia. La solución, según él, reside en unir ambas tendencias en una misma postura ecléctica que acepte, por una parte, la inevitabilidad de los elementos extraños, pero que mantenga un fondo de argentinidad capaz de absorber aquéllos y «nacionalizarlos».

Esa sería la síntesis superadora capaz de amalgamar la heterogeneidad de los elementos que conformaban la Argentina del Centenario, integrándolos en una «nacionalidad» compacta e indivisible que, sólidamente enraizada en el pasado, mirara hacia el futuro.

Mientras Gálvez y sus compañeros discutían sobre la integración de los elementos exóticos mediante fórmulas superestructurales, el devenir de la historia se encargaba de proporcionar respuestas, en el orden político, económico y social, a aquellas inquietudes que los jóvenes del Centenario habían recogido del ambiente.

El enorme impacto demográfico producido por la política inmigratoria y la diversificación de las actividades productivas y de servicios generada por el auge económico habían permitido la formación y/o expansión de nuevos sectores medios y obreros de origen criollo-inmigratorio, así como un acelerado proceso de urbanización (12). Las mutaciones introducidas en la estructura ocupacional y la creciente movilidad social (13) fueron modificando los comportamientos socio-ideológicos de un amplio sector de las clases medias que, cada vez más, unían a sus anhelos de reconocimiento social una aspiración creciente a la participación política. Al principio, las demandas de estos sectores no se canalizaron en un movimiento organizado de protesta, pero constituyeron una forma de presión que la oligarquía, aferrada a los viejos esquemas que le concedían el monopolio del poder político, trató de controlar.

(12) El sector urbano se duplicó entre 1869 y 1914, elevándose del 27 por 100 en el primer año al 37 por 100 en 1895 y al 53 por 100 en 1914. A. P. WHITAKER, *Argentina*, Editorial Diana, México, 1966, pág. 71.

(13) El desarrollo de las ramas secundaria y terciaria de la producción y el incremento de la alfabetización (elevada de un 22 por 100 en 1869 a un 65 por 100 en 1914. WHITAKER [12], pág. 58) dieron lugar a la expansión de una clase media de origen criollo-inmigratorio. "El industrial de fines del siglo XIX era, en alta proporción, un inmigrante que había comenzado con un modesto taller artesanal o trabajando como obrero". Sergio BAGÜ, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central de Venezuela, Esquema, 1969, pág. 78. El mismo autor agrega: "La legislación Argentina había creado ciertas condiciones favorables para la inmediata incorporación del migrante internacional a la estructura económica, pero no ofrecía ningún estímulo especial para su incorporación a la estructura política", pág. 82.

Hacia fines del siglo XIX surgió un movimiento de oposición a la estructura política vigente. Dicho movimiento, el radicalismo, estaba dirigido en su mayor parte por hombres que pertenecían a la misma clase social que había ejercido el poder desde hacía décadas. Sin embargo, y desde fecha muy temprana, se incorporaron a él extensos sectores de elementos criollo-inmigratorios no vinculados al núcleo dirigente. El radicalismo, liderado por un conductor indiscutido y carismático, Hipólito Yrigoyen, focalizó su lucha en la eliminación del fraude electoral, que constituía el principal mecanismo de la clase dirigente para perpetuarse en el poder. La culminación de esa lucha fue la sanción, en 1912, de la Ley Sáenz Peña, que establecía el voto universal, secreto y obligatorio, regulación jurídica que permitió en 1916 el acceso al gobierno de sectores antes marginados del mismo y marcó el inicio de una nueva etapa en la vida política de la Argentina.

Los jóvenes del Centenario, que habían presentado al país planteos lúcidos sobre determinados aspectos de la realidad, se vieron arrollados por la materialidad candente de las fuerzas sociales en crecimiento. Aunque no antidemócratas, creían en la necesidad de una aristocracia del intelecto y del espíritu, en quien debía residir la potestad gobernante.

Manuel Gálvez, que asiste perplejo a esa irrupción incontrolada de la realidad, se lamenta de que la ya desaparecida minoría selecta y paternalista que había dirigido al país durante treinta años no hubiera concebido herederos de su talla. Los hombres del 80 eran para el escritor espíritus selectos, de probadas y sencillas virtudes, intérpretes y realizadores de una democracia natural; democracia de fondo, si no de forma. Si tales prohombres estuvieran todavía al frente del país no sería necesaria una reforma electoral, pues ellos seguirían rigiendo los destinos de la patria en función del bien común. Pero el régimen conservador se encontraba ahora liderado por «políticos de comité», intrigantes y mediocres. Gálvez veía con escepticismo el presente y el porvenir y seguía concibiendo como único camino el ya expuesto de la búsqueda de un ideal nacional. No percibía que la integración de los inmigrantes se produciría antes por una diversificación de las estructuras productivas y una amplia participación en los niveles administrativos que por el hallazgo de un ideal común; y que una espiritualización de la mentalidad colectiva no era una herramienta suficientemente eficaz para contrarrestar la influencia extranjera que él temía y repudiaba.

Este pimer encuentro de Manuel Gálvez con la realidad comple-

ja del movimiento de masas estuvo signado por la desconfianza y la perplejidad. Durante los veinticinco años siguientes, en que Hipólito Yrigoyen y los sectores sociales que lo apoyaban se erigirían en protagonistas principales de la historia argentina, el escritor mantendría hacia ellos una actitud fluctuante y contradictoria.

Nacionalismo integrista y legitimidad popular

Cuando en 1916 Hipólito Yrigoyen gana las elecciones presidenciales, las estructuras que venían funcionando desde 1880 habían alcanzado un grado considerable de consolidación. El movimiento radical, a pesar de los temores que despierta, no formula objeciones de fondo que puedan afectar las bases económicas y sociales de la nación. Sin embargo, a pesar de que las fuentes del poder económico permanecieron en las manos de siempre, se produjo una irrupción procedente de nuevos sectores sociales en los cargos administrativos antes reservados a los vástagos de las familias distinguidas. De hecho, a partir de 1916 la práctica política se convierte en un medio de movilización social. Otro canal de ascenso social sigue siendo la rama secundaria de la producción, que recibe un enérgico impulso durante la primera guerra mundial, al amparo de las restricciones que este conflicto provoca en el comercio internacional. La industria experimenta una transformación paulatina, los talleres se expanden, se aplican métodos de trabajo en serie más modernos y los propietarios desarrollan una organización de defensa profesional y actitudes que les van asemejando al industrial contemporáneo. Por otra parte, muchos antiguos obreros lograron, gracias a la bonanza económica que la guerra supuso en ciertos rubros, sustraerse al trabajo por cuenta ajena y hasta contratar asalariados a su servicio. En términos globales puede decirse que el ascenso general de las clases medias se hizo evidente hacia el final de la primera guerra mundial (14). La clase media se identificó generalmente con el nuevo gobierno. No así la clase obrera, que permaneció mayoritariamente enrolada en el movimiento anarquista y el Partido Socialista, así como en la nueva organización surgida a partir de una escisión de este último en 1918, el Partido Socialista Institucional, que en 1921 se convirtió en el Partido Comunista Argentino al adherirse a la Tercera Internacional. Sólo se vincularon al radicalismo de Hipólito Yrigoyen algunos grupos reducidos de mano de obra calificada.

(14) Ricardo M. ORTIZ: "El aspecto económico y social de la crisis de 1930". En *Revista de Historia*, núm. 3 (Buenos Aires, 1958), pág. 52.

En 1918, y con el apoyo decidido del gobierno radical, se lleva a cabo la Reforma Universitaria, movimiento espontáneo que tenía entre otros fines los de modernizar y nacionalizar los programas de estudio, expurgar las facultades de miembros conservadores e incompetentes, obtener la autonomía, dar una mayor participación al estudiantado en el gobierno de la universidad y, en general, democratizar la vida universitaria. La Reforma facilitó el ingreso a los estudios superiores de elementos de clases antes marginadas de los claustros y ello dio lugar a la formación, entre 1916 y 1930, de un cuerpo importante de profesionales, técnicos y docentes provenientes de la clase media urbana y rural y, en mucha menor proporción, de la clase obrera calificada (15).

A pesar de la clara inexistencia de un trastorno estructural, el incremento de la movilidad social, los periódicos estallidos en las capas obreras (16), atribuidos por los sectores conservadores a la influencia externa, la agitación en la universidad y, en conjunto, el apoyo de una masa popular, numéricamente importante, al gobierno de Yrigoyen, crearon un gran rechazo en los medios oligárquicos y en ciertos sectores de la clase media que participaban de la ideología conservadora. Tales elementos se inclinaron a identificar lo que ellos consideraban una grave situación sociopolítica con la existencia de una enfermedad genérica atribuida a una forma de organización política: la democracia.

No eran ajenas a este proceso las influencias ideológicas que llegaban de ultramar. La conjunción de la primera guerra mundial y la proyección de sus consecuencias sobre los primeros años de posguerra, con la revolución bolchevique triunfante en Rusia, había creado espacio para el surgimiento en Europa de un fenómeno político que se expandió con fuerza creciente durante la década de los veinte, para llegar a su apogeo en los treinta: el fascismo. Las distintas formas que revistió esta tendencia según su localización confluyen en una serie de coincidencias ideológicas: «... el principio de dirigismo y la voluntad de un 'mundo nuevo'; la inclinación a la fuerza y al *pathos* de la juventud; la conciencia de elite y la influencia sobre las masas, el fuego revolucionario y el culto a la tradición» (17). Los movimientos de este signo se erigieron en campeones de la lucha contra el socialismo, en alza durante los primeros años de la posguerra, y expresaban una declinación general de la confianza en la política de partidos y la democracia representa-

(15) M. NAVARRO GERASI: *Los Nacionalistas*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968, pág. 46.

(16) En 1919, el período de mayor conflictividad en los treinta primeros años del siglo, se produjeron 367 huelgas en las que participaron centenares de obreros.

(17) Ernst NOLTE: *El fascismo y su época. Action Française, Fascismo, Nationalsozialismo*, Ediciones Península, Madrid, 1967, pág. 20.

tiva, y un incremento de la fe en la capacidad de los sistemas totalitarios y, especialmente, de las fuerzas armadas, para realizar una regeneración política y moral.

La Argentina, donde las ideas precursoras de Barrès, Eugenio d'Ors y otros pensadores de la misma cuerda habían calado hondo en ciertos grupos, era campo abonado para que prendiera la influencia de tendencias que ya no eran sólo doctrinas, sino movimientos ascendentes y, en algún caso, instalados ya en el poder. Sobre todo, si se toma en cuenta la intranquilidad suscitada por la situación de fermento social que vivía el país desde hacía varios años.

En segundo lugar, en Iberoamérica veníase expandiendo, a partir de la Revolución Mexicana, una ola de sentimientos nacionalistas y de reafirmación de la identidad que se perfiló con fuerza en algunos países, como en el Perú, con el APRA, o en Brasil, donde cristaliza a partir de 1930 con el movimiento liderado por Getulio Vargas. Si bien este tipo de nacionalismo popular (18) no fructificaría en la Argentina hasta la década del cuarenta, una de sus principales componentes, el antiimperialismo, estaba latente en la ideología nacionalista que, en distintas vertientes, surge en este país en los años veinte y se consolida en la década siguiente.

En esta primera época de los años veinte, la principal influencia extranjera se manifiesta a través de la ideología de la *Action Française* y su inspirador, Charles Maurras. Más adelante se añadirán el fascismo de Mussolini, las ideas provenientes de la Península Ibérica y, en menor medida, de la Alemania de Hitler.

La postura más notoria de Maurras y la que mayor influencia ejerció sobre los nacionalistas argentinos es su crítica a la democracia, a la que consideraba no una forma de gobierno, sino un tipo de anarquía. Para la *Action Française* la democracia era «una conjura constante contra el bien público», en tanto que «el dominio de la suma de la espontaneidad individual significa la paralización de la espontaneidad del bien común (...); la democracia es la gran creadora, incitadora, provocadora de este movimiento colectivo que se llama lucha de clases» (19). Para remediar esa situación, Maurras llamaba a la acción de una elite, constituida por una alianza entre los oficiales y la intelectualidad nacional (20); esta elite debía guiar a la masa, que siempre sigue a «los mejores». Aunque nadie pensó en aplicar a la Argentina la concepción monárquica de Maurras, su «llamada al Caudillo» encontró en cambio amplio eco. En conjunto, Maurras renegaba de la Revolución Francesa y de los

(18) El radicalismo yrigoyenista es, en ciertos aspectos, un movimiento precursor.

(19) NOLTE [17], págs. 133-4.

(20) *Ibid.*, pág. 160.

acontecimientos y fuerzas que ésta había desencadenado y reivindicaba el *Ancien Régime* como baluarte de la virilidad.

Estas ideas eran fácilmente aplicables a la Argentina de los años veinte, con sus estructuras trastocadas por el voto universal y secreto, la agudización de los conflictos obreros y la movilidad social.

Limitados en un principio a un reducido número de intelectuales provenientes de sectores medios y altos, que discutían sus ideas alrededor de mesas de café, hacia fines de la década los nacionalistas argentinos comenzaron a nuclearse en torno a publicaciones que utilizaban como vehículo para propagar sus ideas. A fines de los años veinte se encontraban ya perfilados los principales dogmas que conformarían el ideario nacionalista de derecha, que alcanzó pleno auge, aunque más o menos efímero, en la década del treinta y durante los años en que se extiende la segunda guerra mundial.

Muy lejos ya del nacionalismo espiritualizante e integrador que inspirara a la generación del Centenario, la nueva doctrina se fundamenta en tres principios básicos: orden, jerarquía y autoridad. No se dirigía al pueblo, sino a una «minoría inteligente, consciente de los males desatados por la democracia» (21), en especial las orgías sangrientas de México y Rusia. No sólo denostaba a la Ley Sáenz Peña, que había inaugurado quince años de demagogia, sino que, por primera vez, era puesto en entredicho el proyecto liberal del 80, al que se acusaba de haber promovido «cuarenta años de desorientación espiritual», que habían sumido al país en un caos ideológico y social. Propugnaba a la Iglesia católica como herramienta idónea y esencial para la consecución de la unidad espiritual de la nación y manifestaba una total repulsa por las formas democráticas y parlamentarias, reivindicando un republicanismo de corte elitista.

Así como Maurras quería un Monk que abriera en Francia el camino hacia una nueva restauración monárquica, los nacionalistas argentinos comienzan a pensar en un Monk que se erija a sí mismo en caudillo. Finalmente, la reivindicación maurrasiana del Antiguo Régimen se convierte en una revalorización de la Argentina de Rosas. Si a Maurras no le complacía la Francia contemporánea, tampoco gustaba a los jóvenes nacionalistas el país actual, con sus inmigrantes, sus fábricas y sus advenedizos ocupando cargos públicos. La reivindicación de la Argentina tradicional y patriarcal, esbozada en esta época, alcanzará pleno desarrollo en la década siguiente.

(21) *La Nueva República*, Buenos Aires, 5 de mayo de 1928.

La expresión máxima de todos los males que había traído consigo la democracia era para estos jóvenes intelectuales el movimiento liderado por Yrigoyen.

Los jóvenes intelectuales promotores de estas ideas profesaban gran admiración por Manuel Gálvez, a quien consideraban un precursor por las ideas expuestas en varias obras, principalmente en *El Diario de Gabriel Quiroga*. Por su parte, el escritor, que había entrado en contacto con la obra de Maurras durante un viaje realizado a Atenas en 1925, mantenía cordiales relaciones con los promotores de las «nuevas ideas» y compartía con ellos la aspiración al orden y a la jerarquía (trastornados por el «demoliberalismo»), al predominio de los valores espirituales y a que se diese a la Iglesia el lugar que, según ellos, le correspondía (22). También coincidían en el rechazo por la revolución rusa (que en un primer momento, como tantos compañeros de generación, Gálvez había admirado), la revolución mexicana y la Reforma Universitaria. Aunque Gálvez prefería exponer sus ideas en revistas católicas, como *Criterio*, en un par de ocasiones colaboró con *La Nueva República*, órgano principal de los jóvenes nacionalistas, cuya influencia sobre el desarrollo ideológico del escritor es indudable. En uno de los artículos mencionados describía la difusión de las «nuevas ideas» en el mundo intelectual porteño del momento: «Ahora los grandes nombres de la literatura han dejado de creer en la democracia, en el sufragio libre y en el parlamentarismo; y lo mejor de la juventud intelectual es católico militante». Y renegaba del ambiente intelectual, liberal y anarquizante de veinte años atrás, en el que él mismo se había formado.

Gálvez manifestó años más tarde que los nacionalistas de *La Nueva República* habían realizado una gran obra «de higiene moral» por sus ataques contra la literatura y la política liberales. Sin embargo, en la época que nos ocupa tenía algunas divergencias con sus redactores: éstos atacaban por igual a todas las agrupaciones políticas, mientras que el autor de *El Diario de Gabriel Quiroga* estimaba que, siendo sus ideas por el momento irrealizables, podían los nacionalistas militar en otros partidos (excepto en el Partido Socialista, por sus posturas materialistas y anticlericales). Por otra parte, los redactores de *La Nueva República* miraban a los Estados Unidos y a su influencia en Ibeoramérica con cierta simpatía, ya que las posturas antiimperialistas de estos jóvenes no despertarían hasta muy avanzada la década de los años treinta, y aun entonces estarían focalizadas casi con exclusividad en la Gran Bre-

(22) M. GÁLVEZ: *Entre la Novela y la Historia (Recuerdos de la vida literaria)*. Hachette, Buenos Aires, 1962, pag. 154.

taña. Gálvez, por el contrario, había manifestado desconfianza y antipatía hacia los Estados Unidos desde fecha temprana. Años después, consideró Gálvez a sus jóvenes amigos nacionalistas sólo como precursores del auténtico nacionalismo que surgiría en los años treinta, considerando el ideario de aquéllos incompleto por no figurar entre sus puntos la justicia social ni la recuperación de la soberanía.

Otro punto de divergencia entre Gálvez y los promotores del nuevo nacionalismo era la actitud hacia Yrigoyen y la legitimidad popular. En tanto aquéllos estimaban que la Unión Cívica Radical practicaba una política de pura demagogia y combatían violentamente a Yrigoyen, el escritor tenía ideas poco firmes en dicho terreno y más bien se iba inclinando paulatinamente hacia una postura de simpatía, aunque crítica.

Después de la perplejidad y recelo con que recibiera la irrupción de la UCR en la política nacional, Gálvez comienza a modificar su actitud hacia el caudillo radical durante la primera guerra mundial. La férrea postura neutralista de Yrigoyen durante la contienda, el accionar diplomático de su gobierno ante la Sociedad de Naciones (23), la actitud esgrimida ante la ocupación de la República Dominicana por los infantes de marina norteamericanos (24) y la vocación hispanoamericanista manifestada por Yrigoyen (25) despertaron el entusiasmo de Gálvez y de otros intelectuales con tendencias nacionalistas.

En 1919, el escritor comienza a colaborar en el periódico *La Unión*, desde donde expone opiniones que abogan por un cristianismo sensible a los problemas de la desigualdad social, ideas precursoras del tipo de nacionalismo socializante y católico que propugnaría más tarde. En tales artículos afirmaba que no existen sino dos partidos: el de los que quieren poco o ningún cambio y el de los enemigos de la injusticia. En curiosa sopa de nombres, mezclaba a Lenin con Romain Rolland, a los socialistas, al Papa Benedicto XV y a los curas que en Sicilia, después de bendecir a los campesinos, los encabezaban cuando partían a apropiarse de los grandes feudos terratenientes (26). En otro artículo afirmaba que la sociedad, al hacerse capitalista, había cometido injusticia y ejercido violencia explotando al trabajador. La sociedad moderna, cuya formación era cristiana, debía buscar y aceptar un castigo que la

(23) Yrigoyen exigía una Sociedad de Naciones abierta a todos los países.

(24) Orden dada por Yrigoyen a un buque argentino que se hallaba ante las costas de Santo Domingo de saludar con salva de cañones la bandera dominicana, enarbolada al efecto por un grupo de patriotas dominicanos.

(25) Iniciativa de Yrigoyen de llamar a un congreso de países hispanoamericanos para decidir conjuntamente la actitud a tomar ante la guerra mundial. La iniciativa no prosperó.

(26) GÁLVEZ [22], pág. 165.

liberarse de sus culpas. En este punto se hallaba Gálvez muy lejos de Maurras, quien invierte los términos de la oposición marxista entre capitalistas y proletarios, definiendo a los ricos como «productores activos y felices» y a los pobres como «consumidores envidiosos» (27).

En 1922 comienzan sus colaboraciones en *Atlántida*. En los artículos allí aparecidos se aprecia un sutil cambio que demuestra la influencia que el accionar del yrigoyenismo en el poder había ejercido sobre su pensamiento. Se refiere allí al derecho que se atribuyen los intelectuales para gobernar. Así como al organismo del hombre, dice Gálvez, no lo gobierna únicamente la inteligencia, del mismo modo en la sociedad no tienen derecho a gobernar sólo los más cultos. La voluntad dirige, al igual que la inteligencia, al organismo humano, y lo mismo el instinto (o subconciencia), que tiene poder creador. En el organismo social, los intelectuales equivalen a la inteligencia o el espíritu, los hombres de acción a la voluntad y el instinto está representado por el pueblo. El instinto, lo mismo que el pueblo, es la voz oscura, pero viviente y creadora (28). En la conciencia de Gálvez empezaba a tomar forma el convencimiento de que no sólo las elites tienen algo que decir y que las masas cumplen una función social de primer orden.

En otro artículo, titulado «Las razones de la democracia», argumentaba en favor de este sistema de gobierno. Afirmaba que aunque un obrero, al votar, no pudiera discernir sobre la valía de los candidatos, podía intuir, en cambio, quién era su amigo y haría algo por su bien. Recordaba que, en ciertas provincias, hombres de escasísima cultura, llevados al poder por el pueblo, se interesaron más por él que cuanto se hubieran interesado los espíritus cultos. Y concluía que, puesto que el gobierno era para todos, se justificaba el radicalismo por ser éste el gobierno de la mayoría (29).

Esta aparente fe demócrata de que hacía gala Gálvez parecía contradecirse con sus posiciones pretéritas y también con las futuras, cuando fuera afianzándose en él la confianza en un estado orgánico y corporativo. Pero el convencimiento de que sólo el apoyo popular legitima a un gobierno permanecería inquebrantable en su conciencia.

En realidad, tales ideas no convertían a Gálvez en un demócrata. Eran producto de la conjunción de sus concepciones elitistas y

(27) NOLTE [17], pág. 144.

(28) GÁLVEZ [22], pág. 169.

(29) M. GÁLVEZ [5], págs. 168-169.

aristocráticas, con una sensibilidad social fundamentada en la concepción católica de la caridad y un instinto acendrado de la justicia. Gálvez, hegelianamente amante de la síntesis, no dudaba en afirmar que no hay mejor demócrata que el aristócrata, ya que sólo este último puede permitirse ser abierta y sinceramente demócrata y simpatizar con hombres de todas las extracciones sociales, puesto que, por su misma calidad aristocrática, *se sabe superior a todos ellos* (30).

En 1928, en Córdoba, un amigo que debía pronunciar una conferencia patrocinada por el Comité Radical sobre la formación política de la sociedad argentina, solicita a Gálvez que lo presente. Este acepta, y pronuncia un discurso que causó gran escándalo. Después de afirmar rotundamente su total independencia respecto de todo encuadramiento político, hace una serie de consideraciones sobre el partido radical. Este, dice Gálvez, es una «expresión viviente y exaltada del sentimiento nacionalista». Agrega que ese partido «era tan hondamente argentino que nada debía a las doctrinas ni a los métodos europeos, ni era producto de la inteligencia ni el saber libresco de un grupo de hombres, como el Demócrata Progresista o el Socialista, sino que había surgido de la masa popular». Terminaba alabando la política neutral de Yrigoyen durante la Gran Guerra, inspirada en «sentimientos de profundo argentinismo», así como «diversos gestos de independencia espiritual y económica ante la intromisión europea y americana», y la conciencia hispanoamericana demostrada por el ex presidente (31).

Entre los jóvenes nacionalistas de *La Nueva República*, enemigos acérrimos del «demoliberalismo» y del viejo caudillo radical, la noticia y el texto del discurso cayeron como una bomba y provocaron un violento ataque desde las páginas de la revista, al que el escritor no contestó.

Es posible que, además de los temas ya anotados, no le fueran indiferentes a nuestro personaje determinadas actitudes de Yrigoyen en defensa de la Iglesia católica (32), sus afirmaciones favora-

(30) M. GÁLVEZ: *El espíritu de aristocracia y otros ensayos*. Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires 1924.

(31) M. GÁLVEZ [22], págs. 31-2.

(32) "Aprobada por la legislatura de la provincia de Santa Fe una constitución provincial que reducía la significación de la Iglesia dentro del Estado, Yrigoyen señaló al gobernador de la provincia —radical también— los inconvenientes de tal política; la constitución (...) fue vetada poco después. Del mismo modo se opuso Yrigoyen a la sanción de la ley de divorcio, y por idénticas razones trató más de una vez de confiar a miembros del clero importantes funciones públicas". J. L. ROMERO, *Las ideas políticas en la Argentina*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1975, pág. 221.

bles a los principios del nacionalismo económico (33) y su manifiesto rechazo por la tradición liberal.

Al finalizar el primer mandato radical, es requerida su firma, junto con la de otros escritores, para un manifiesto de adhesión al radicalismo. Gálvez, que no aprobaba la política administrativa de Yrigoyen ni lo que él consideraba «antiintelectualismo de su obra y su partido» (34), se niega a rubricar el documento. Años después explica: «No lo firmé, sencillamente, porque yo no era radical, porque en ese tiempo no comprendía al radicalismo ni sabía en qué estaba su esencia.» Y agrega: «Si entonces lo hubiera firmado, tal vez ahora lo consideraría un honor» (35).

Seis años después, en las elecciones presidenciales de 1928, arrostrando el disgusto de su mujer y de sus hijos, todos ellos profundamente antiyrigoyenistas, Gálvez da su voto a Yrigoyen. Ello no implicaba una adhesión al viejo caudillo; la lista conservadora y la de los radicales antipersonalistas (escisión del radicalismo contraria a Yrigoyen) representaban, según él mismo explica, casi todo lo que detestaba en política: el conservadurismo liberal, la indiferencia por la obra social, el fraude electoral y la influencia extranjera; su condición de católico practicante le impedía votar al Partido Socialista, al que consideraba un enemigo de la Iglesia. El voto a Yrigoyen era, por lo tanto, la elección del mal menor.

Este voto no implicaba tampoco que Gálvez hubiera abjurado de las ideas fascizantes y maurrasianas que, como hemos visto, le acercaban a los redactores de *La Nueva República*. Por el contrario, ambas tendencias, la nacionalista integrista y su simpatía por la democracia de base popular seguirán entrelazándose en su conciencia hasta que, pocos años después, Gálvez intente una interpretación del yrigoyenismo que constituye un ensayo de síntesis superadora.

Pero antes de que eso ocurra, en septiembre de 1930, el anciano presidente es depuesto por un golpe militar. Es un momento decisivo en el proceso ideológico del escritor.

El fracaso de la «vida nueva»

En 1930 confluyen dos elementos que convierten a este año en un hito fundamental de la historia argentina: en primer término,

(33) «Mientras que dure su período, el Poder Ejecutivo no enajenará un adarme de las riquezas públicas ni cederá un ápice del dominio absoluto del Estado sobre ellas». Palabras de Yrigoyen citadas por Romero [32], pág. 220.

(34) GÁLVEZ [22], pág. 147.

(35) Idem, pág. 148.

el agotamiento de un sistema vigente desde cinco décadas atrás, puesto en evidencia por una crisis mundial cuyas proyecciones locales hacen temblar una estructura trabajosamente levantada, que demuestra estar sustentada sobre pies de barro. En segundo lugar, la aparición en la escena política, con papel protagónico, de un elemento que durante varios lustros había mantenido una tradición de abstención en dicho campo: el Ejército.

Cuando Yrigoyen volvió a tomar el poder, tenía setenta y seis años y había traspasado los umbrales de la senilidad. El hermetismo, el trabajo en soledad y el control de todos los asuntos que habían constituido su metodología política durante años se convirtieron en verdaderas manías que afectaban gravemente el mecanismo administrativo de gobierno. El resultado fue una enorme lentitud en los procedimientos y un aislamiento cada vez mayor de las bases populares que le secundaran durante décadas. Al mismo tiempo, las estructuras políticas del radicalismo estaban en abierta descomposición. En 1924 se había producido la escisión de la fracción antipersonalista. A partir de 1928, la mala salud y el retraimiento del presidente dieron lugar a la formación de camarillas que intrigaban incesantemente para disputarse la sucesión. Con excepción de sus partidarios directos, todo el espectro político, de conservadores a socialistas, manifestaba un creciente y cada vez más virulento antagonismo hacia el gobierno. Contando con todos los recursos de la propaganda, la oposición pudo con toda facilidad capitalizar los errores de la gestión de Yrigoyen.

Además de la inercia del gobierno y determinados aspectos de su política que provocaban agresivos debates en el Congreso y el conjunto del país (como la política petrolera, lesiva para los intereses de la Standard Oil), tuvo fundamental importancia un factor que escapaba a los estrechos límites de las fronteras nacionales: la depresión económica mundial que comenzó con la quiebra de Wall Street en octubre de 1929, y que puso en evidencia la vulnerabilidad de la estructura económica argentina. La crisis repercutió en el comercio exterior, provocando una contracción de la economía interna. Esta situación se vio agravada por el desequilibrio que predominó entre los precios del intercambio en perjuicio de los productos agropecuarios, en los que se venía verificando una tendencia depresiva desde 1927 (36). La falta de trabajo en los medios rurales dio lugar a una migración masiva hacia los centros

(36) ORTIZ [14], pág. 71. Dice este autor: "...debajo de todo esto se agitaba la reducción de la exportación de carnes y su posible acentuación durante los años próximos. Semejante problema no podía quedar en manos de un gobierno exponente de intereses no estrictamente ligados a la producción de chilled".

urbanos, que saturó la capacidad de absorción de la industria con el consiguiente incremento del paro y la reducción de los salarios reales. Como en toda crisis económica, se produjo una concentración del capital que provocó un descenso en el nivel de vida de la clase media y, en algunos casos, su proletarización. Todo ello contribuyó al aislamiento de esta clase social respecto del gobierno, de quien fuera base principal de sustentación.

En segundo lugar, durante los dos gobiernos yrigoyenistas se habían manifestado fuertes tensiones entre las Fuerzas Armadas y el poder civil. Las dos fuentes principales de malestar entre los oficiales fueron: la utilización del Ejército por parte del Ejecutivo para llevar a cabo su política de intervenciones provinciales, los descontentos suscitados por la renuencia de Yrigoyen a autorizar los fondos presupuestarios necesarios para la renovación del material bélico y la proclividad del presidente a favorecer a los militares perjudicados por su adhesión a los intentos revolucionarios radicales de 1890, 1893 y 1905 (37).

A medida que se acercaban las elecciones de 1928 aumentaba la red de maquinaciones políticas para impedir el regreso de los radicales yrigoyenistas al poder. Hubo presiones civiles en tal sentido sobre el ministro de Guerra, general Agustín P. Justo; pero los enemigos del viejo caudillo no lograron sus propósitos y las elecciones colocaron nuevamente a Yrigoyen en el sillón presidencial.

Desde mediados de 1929 se incrementaron las presiones para malquistar al Ejército con el gobierno y conseguir que aquél evidenciara sus desacuerdos de manera efectiva. En la sociedad civil, las maniobras de la oposición adoptaban un carácter cada vez más violento, expresado no sólo en la prensa (que llegaba a alcanzar ribetes de libelo), sino en las demostraciones callejeras, integradas principalmente por grupos nacionalistas de acción, como la Liga Patriótica Argentina.

Mientras tanto, los nacionalistas nucleados en torno a *La Nueva República* entablaban frecuentes contactos con uno de los conspiradores más activos, el general de división José F. Uriburu, prestigioso militar que entre 1923 y 1926 había detentado el cargo de inspector general, la más alta jerarquía castrense. No podía haber oficial con cualidades ideológicas y morales más atractivas para los nacionalistas que este general proveniente de una antigua y prestigiosa familia salteña, gran admirador del dictador español Primo de Rivera. Gálvez coincidió con él en algunas de las comidas que

(37) Robert A. POTASH: *El Ejército y la política en la Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1981, págs. 25 y sigs.

servían de pretexto a los nacionalistas para reunirse a discutir sus opiniones y da testimonio en sus *Memorias* de la influencia que sus correligionarios ejercían sobre el militar (38).

Para los nacionalistas, las Fuerzas Armadas eran la única institución, excepción hecha de la Iglesia católica, que se había salvado de la corrupción generalizada propiciada por el liberalismo que había encumbrado a Yrigoyen al poder. Como no se podía pretender que la Iglesia dirigiera una revolución, era el Ejército el único organismo que estaba capacitado para salvar a la Argentina, no sólo del gobierno yrigoyenista, sino del sistema al que culpaban de todos los males que sufría el país: la democracia.

En los meses previos al golpe, Uriburu mantuvo una serie de entrevistas con altos oficiales, en cuyo transcurso expresó sus opiniones sobre los aspectos organizativos y políticos que debía revestir el movimiento de fuerza, así como el tipo de gobierno resultante de su triunfo (39), donde se pone de manifiesto la mencionada influencia: la revolución sería dirigida y controlada por militares, quienes se harían luego cargo de la conducción del Estado, a excepción de algunos cargos de segunda línea que serían ofrecidos a civiles prescindentes hasta entonces de toda militancia política. Se procedería a la transformación de la estructura administrativa y constitucional de la Argentina. La Ley Sáenz Peña debía ser revocada y se reemplazaría el voto universal y secreto, que había impuesto el predominio de la cantidad sobre la calidad, por el voto calificado, para que el poder fuera ejercido por los «más aptos». Se eliminarían los partidos políticos. En el Congreso estarían representados los intereses sociales fundamentales, según los lineamientos de un régimen corporativo; de esta manera la democracia de corte liberal quedaría reemplazada por un sistema orgánico. Con ese objeto habría de reformarse la Constitución.

Pero desde el principio de la conspiración, esta tendencia se encontró enfrentada a una segunda, liderada por el general Agustín P. Justo. Este militar y sus seguidores acordaban en la necesidad de poner fin al gobierno de Yrigoyen, pero allí acababan las coincidencias. Dichos oficiales, a los que se conoció pronto como la «fracción democrática», consideraban que después de la caída de Yrigoyen debía constituirse un gobierno provisional que se limitara a eliminar la corrupción y a restablecer la disciplina, como paso previo a un llamado a elecciones generales, con un regreso a

(38) GÁLVEZ [5], pág. 142.

(39) Ver POTASH [37], págs. 71 y ss.; NAVARRO GERASI [15], págs. 60 y ss.; Roberto ETCHÉ PAREBORDA, "Aspectos políticos de la crisis de 1930", en *Revista de Historia*, núm. 3, Buenos Aires, 1958.

la total vigencia de la Constitución. Aunque la posición mayoritaria entre los oficiales favorecía a Justo, este militar se mantuvo en la retaguardia y el golpe fue liderado por Uriburu; sin embargo, este último debió hacer concesiones a la facción contraria.

El Manifiesto de Uriburu, que recogía los principales puntos del programa inspirado por los nacionalistas, fue rechazado por Justo. Tres días después del golpe, Uriburu debió ofrecer garantía de que la Constitución no sería modificada.

De esta manera, aunque el golpe triunfó e Yrigoyen fue depuesto, los nacionalistas sufrieron una seria derrota desde los inicios mismos del movimiento en que habían depositado tantas esperanzas.

Manuel Gálvez, que en 1928 había participado en la contienda electoral votando por el popular y democrático caudillo radical, apoya con fervor la revolución septembrina, vuelco explicable tanto por el deterioro de la situación interna en materia política y económica, que repugnaba a sus aspiraciones de «hombre de orden», y la coherencia de los lineamientos cooperativistas que inspiraron el golpe de Uriburu con su formación e ideales, como por la situación internacional, que irrumpía con fuerza verdaderamente arrolladora.

El escritor, que siempre tenía a España en su punto de mira, había expresado en repetidas ocasiones su simpatía por el gobierno de Primo de Rivera. No era la figura del dictador ni el gobierno totalitario lo que despertaba su aprobación; pero opinaba que este tipo de personalidad y de gobierno podían ser necesarios en países que hubieran sido gobernados por politiqueros, idealistas o charlatanes. Admiraba en Primo de Rivera su condición de hombre práctico que, según Gálvez, le había permitido realizar una gran obra de progreso (40). Apreciaba, además, la moderación de la dictadura y consideraba que su irrupción se había debido a un imperativo político generado por la gravedad de la situación española antes del advenimiento de su gobierno (huelgas, atentados comunistas, agitación del separatismo catalán). ¿Cómo resistirse a la tentación de hacer comparaciones con el débil e ineficaz gobierno yrigoyenista?

Por otra parte, el movimiento de Mussolini había ido incrementando la fuerza de sus posiciones durante toda la década; en 1926 ya podía hablarse de un verdadero «Estado fascista» (41). Ya existía, pues, una referencia concreta, un Estado, de antigua y prestigiosa historia por lo demás, donde muchas de las aspiraciones

(40) M. GÁLVEZ: *España y algunos españoles*, Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1945, pág. 92.

(41) NOLTE [17], pág. 226.

compartidas por Gálvez habían cristalizado en el plano de la realidad. El fascismo italiano, además, presentaba dos aspectos que debían sonar como cantos de sirena en los oídos del escritor: era un movimiento con apoyo popular y había realizado obra de carácter social. Confluía en Gálvez además, desde los últimos años de la década, una evolución hacia posturas más practicantes e integristas en lo religioso.

Por último, sentía el autor de *El Diario de Gabriel Quiroga* que la revolución espiritual que él preconizara tres lustros antes no se había realizado aún. El materialismo y la molicie seguían reinando, a sus ojos, en el país. Los argentinos actuales no tenían carácter, coraje ni patriotismo; eran «comodones, serviles, sibaritas y afe-minados» (42). La nación necesitaba un gran sacudimiento, algo que despertara las conciencias dormidas. Debía ponerse fin a una forma de gobernar que consistía principalmente en distribuir empleos y ocuparse de la politiquería menuda (43). La revolución sería la medicina necesaria para limpiar el organismo social.

En 1922, Gálvez había publicado *La tragedia de un hombre fuerte* (44), donde retomaba el tema del espíritu estático y el espíritu dinámico. En sus páginas, el mesianismo siempre presente y siempre frustrado del escritor presentaba al país, a través del protagonista, un ideario espiritual: los dogmas de la Vida Nueva. Diez eran los mandamientos de la Vida Nueva: amar la Vida sobre todas las cosas; creer en el poder ilimitado de la Voluntad humana; amor al Trabajo por sí mismo; el Sentimiento, que ha de estar junto a la acción; la Solidaridad, concebida como amor al gremio, a la Patria, a la raza, a la Humanidad; la Sinceridad de los individuos y de las naciones; el imperativo categórico de realizar la Justicia, de concebir un Ideal, y de mantener la Esperanza. Gálvez ve en la revolución de septiembre el suceso histórico que permitiría convertir en realidad el plano de la utopía.

Cuatro años después del golpe antiyrigoyenista explica en uno de sus libros los sentimientos profundos que suscitaron en él los sucesos de septiembre: «Hubo un vez (...) en que los argentinos experimentamos una conmoción violenta. Fue un latigazo que nos despertó. Esto ocurrió cuando la revolución del 6 de septiembre de 1930. Todos pensábamos en dedicarnos al trabajo que ennoblece, en abandonar los placeres sensuales, en ser sinceros y viriles

(42) M. GÁLVEZ: *Hombres en soledad*. Club del Libro A. L. A., Buenos Aires, 1938, pág. 75.

(43) *Ibid.*, pág. 111.

(44) M. GÁLVEZ: *La Tragedia de un Hombre fuerte*. Biblioteca de Novelistas Americanos, Buenos Aires, 1922.

honrados y fuertes. La revolución nos había abierto los ojos, parecía habernos gritado: ¡Despertad, argentinos! (45).

La Vida Nueva había llegado a la Argentina. Ahora reinarían el amor al Trabajo, la Solidaridad, el Ideal. Y también el Orden y la Jerarquía: «El anhelo de disciplina había penetrado todos los espíritus» (46).

«Pero —dice Gálvez— esto no duró ni un mes» (47). La exaltación de septiembre había pasado. Los hombres habían vuelto a ser lo que antes. «El latigazo que produjera la revolución del 6 de septiembre había dejado de producir sus higiénicos efectos. (...) La energía y el entusiasmo de los días de la revolución habían pasado definitivamente (...); la politiquería empezaba a aflorar otra vez» (48).

La alternativa corporativista había fracasado y las riendas del poder eran retomadas por la vieja elite. El sistema electoral se mantuvo, pero unido a la práctica de un fraude escandaloso; los efectos de la crisis mundial, que siguieron sintiéndose durante largo tiempo, se unieron a una política social, institucional y económica de un corte tal que los dos lustros siguientes a la revolución de septiembre recibieron la denominación de «década infame» (49). Los nacionalistas se sintieron traicionados y desilusionados.

Gálvez vio así retornar al poder a los sectores y mecanismos que tanto odiaba: el conservadurismo liberal, el fraude (50), el entreguismo en política económica (51) y el gobierno de unos pocos para unos pocos. Esta suerte de democracia fraudulenta reforzaría en él, durante la década siguiente, sus convicciones antidemocráticas y lo acercaría cada vez más a las ideas de corte fascista.

(45) M. GÁLVEZ: *Este Pueblo necesita...* Buenos Aires, 1934, pág. 12.

(46) GÁLVEZ [42], pág. 175.

(47) GÁLVEZ [45], pág. 12.

(48) GÁLVEZ [42], pág. 257.

(49) Este término fue acuñado por un nacionalista, José Luis Torres.

(50) «Al quebrarse el orden constitucional en 1930 ya todo el aparato jurídico formal será meros papeles escritos: será formal la Constitución y la ley, será formal el sufragio descalificado por el fraude y la proscripción de opositores». Alberto J. PLA: «La crisis social: de la restauración oligárquica a la Argentina de masas». En: Alberto CURIA y otros: *La Década Infame*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969, pág. 90.

(51) «La administración de Justo toma algunas medidas en el orden interno, con las que oscila entre favorecer a uno u otro grupo imperialista. La puja de Estados Unidos y Gran Bretaña se agudiza, después del paréntesis de la crisis (...) El pacto Roca-Runciman en 1933, que entrega el comercio de carnes a manos inglesas; el negociado del puerto de Rosario, cuya concesión debía caducar en 1942 y que Justo prolonga; el escándalo de las nuevas concesiones a los monopolios de electricidad, ventilados en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires; las nuevas concesiones de transporte, la creación del Banco Central para el manejo centralizado de la banca, en manos inglesas, son medidas que definen la época como de mayor entrega de resortes económicos fundamentales al imperialismo inglés.» *Ibid.*, pág. 105.

Este pueblo necesita...

Los tres lustros que se extienden entre 1930 y 1945 fueron una época fecunda para el pensamiento nacionalista de derecha en la Argentina. A lo largo de ese período se fue formando un cuerpo de doctrina que constituye, en conjunto, una adaptación de ideologías foráneas a las circunstancias nacionales, completada con elementos de elaboración propia que hunden sus raíces en la realidad histórica y actual del país. Son sus elementos principales:

- La vuelta a la religión, más concretamente al catolicismo, encarado con sentido militante.
- Propuesta de gobiernos fuertes y un violento antiparlamentarismo.
- Estatismo y corporativismo en materia social.
- Regreso a las tradiciones culturales anteriores a la era liberal, y escepticismo, cuando no animadversión, ante los dogmas del progreso indefinido y del mejoramiento moral por la difusión de los conocimientos científicos.
- Afirmación de la necesidad de fortalecer la conciencia nacional frente a la influencia de las naciones imperialistas en materia económica y cultural.
- Reivindicación del hispanismo y del ideal de la unidad hispanoamericana bajo el signo de los valores culturales simbolizados por la Hispanidad.
- Defensa de la soberanía en materia internacional.
- Reivindicación de una fracción del pasado (la época de Rosas) realizada a través del revisionismo histórico.
- Identificación del internacionalismo comunista como enemigo fundamental que debía ser combatido y anulado en su principal causa: la concepción liberal democrática del Estado.

La principal influencia foránea se ejerció a través del fascismo italiano, que en la década del treinta aparecía como la única tendencia capaz de salvar los valores eternos de Occidente del comunismo ateo y de las debilidades inherentes a la democracia liberal y el parlamentarismo, que allanaban el camino para el avance del primero. Posteriormente se agregó el predicamento del pensamiento falangista español. El nacionalismo alemán, por el contrario, tuvo una repercusión más limitada por el rechazo que provocaban su inmoderación y extremismo, unido a su origen germano, que lo hacían menos cercano y aceptable para quienes reivindicaban la propia raíz latina por sobre todas las cosas.

Manuel Gálvez se despoja de sus últimos pruritos democratizantes, los que, por otra parte, nunca habían prendido firmemente en su conciencia. Si el movimiento de septiembre había fracasado, aún quedaba una revolución pendiente; el camino lo señalaba Italia, la Italia eterna. Las concepciones de la época habían sufrido una polarización considerable y, como muchos, Gálvez pensaba que la única alternativa era Roma o Moscú. En años posteriores molestará al escritor que le llamen fascista, matizará este término, intentando buscar otros nombres, esgrimirá otras influencias. Pero los escritos de esa década del treinta no dejan lugar a dudas sobre la influencia de la ideología de Mussolini.

Sin embargo, las ideas de Gálvez se identifican aún más con las de otro político de similar signo, también proveniente de la Europa latina: José Antonio Primo de Rivera. No se puede hablar de influencia directa, puesto que el dirigente español comienza a actuar en 1933, cuando la prédica nacionalista de Gálvez está ya muy avanzada, pero sí puede hablarse de coincidencias y afinidades que se agudizarán en los años siguientes, cuando se extienda la prédica sobre la Hispanidad.

Entre 1930 y 1934 Gálvez se dedica de forma continuada, en distintos medios de prensa, a la prédica nacionalista que iniciara con anterioridad a esa fecha en *La Nueva República* y otros periódicos nacionalistas y católicos. El 17 de septiembre de 1933 aparece en *La Nación*, diario de gran tirada e influencia en la Argentina, el primero de una serie de artículos que son fundamentales para comprender el estado de evolución de sus ideas en esta etapa. Formaba parte de un plan de diez capítulos, siete de los cuales fueron publicados en el mencionado diario en entregas sucesivas. En 1934 aparecieron en forma de libro, junto con otros tres capítulos, uno de ellos publicado con anterioridad en un órgano nacionalista y los otros dos inéditos hasta la fecha. Todos los artículos llevaban igual título: «Este pueblo necesita...», con el agregado de las condiciones que, en opinión del autor, el pueblo argentino requería y que eran: Ser joven, Patriotismo, Un Sentido heroico de la vida, Una reforma moral, Ideales e idealismo, Orden y Disciplina, Jerarquía, Realizaciones y no política, Practicar la Justicia Social y Autoridad. En los tres últimos artículos se definía la posición política del autor. Agregaba un apéndice en el que explicaba qué entendía él por fascismo y evaluaba las posibilidades de extensión de esta ideología en la Argentina.

Algunas de las ideas expuestas implicaban la recuperación de los viejos ideales del Centenario: la revolución espiritual inconclu-

sa, la necesidad de reforma moral, de que el espíritu prime sobre la política y la economía y no a la inversa. Pero esa revolución sería realizada bajo el signo de las «nuevas ideas»: orden, jerarquía, autoridad, economía corporativa.

El mesianismo de Gálvez está muy presente en estos artículos, su férrea convicción de estar en posesión de la verdad, la necesidad de hacer llegar el imperativo revolucionario a quienes, tomando sus banderas, sean capaces de llevarlo a buen puerto. «Yo advierto la catástrofe y doy un grito; veo dónde están las posibilidades de salvación y doy otro grito. Ahí termina mi misión. ¿Habrá cien mil argentinos que hagan circular estas ideas y quinientos mil argentinos que las pongan en práctica?» (52).

Estas ideas, dice Gálvez, no le pertenecen. Están en el aire, en los corazones de muchos compatriotas. El, como escritor, no es sino una de las numerosas voces de que se vale la Providencia para hablar a los pueblos (53). No es su voz sola la que se alza, sino que, por su intermedio, hablan «millares de hombres y de mujeres cuya congoja él no hace sino interpretar y recoger» (54).

El escritor, por cuya pluma así se expresa la Providencia, señala a sus compatriotas que el mundo está atravesando terribles momentos y que dos caminos se abren ante él, por uno de los cuales es imperativo optar: Roma o Moscú. El comunismo, aunque no se haya lanzado aún a la calle, está latente en las fábricas y en los campos por obra de la propaganda internacional; la guerra social comenzará tarde o temprano y entonces, para evitar el advenimiento del «horror comunista, con sus crímenes, con su satánico poder destructor, con su aniquilamiento del hombre, con su ateísmo militante, será necesario interponerle otra fuerza que se le oponga: la mano de hierro del fascismo, violenta, justiciera, salvadora» (55).

Para la mayoría de los nacionalistas, es la debilidad del sistema demoliberal vigente lo que hace inminente el peligro comunista. La democracia es, además, la causa de todos los males que sufre la nación. Gálvez no condena la mala política, sino toda la política, pues partidos y comités son funestos por igual, ya que sólo aspiran al poder. Y estas desgracias sólo son necesarias allí donde rige la democracia, es decir, la mentira de la igualdad de todos los hombres, traducida en el sufragio universal (56).

La Argentina no necesita política, sino realizaciones, y nada serio puede esperarse de la vía parlamentaria. Esta, afirma categóri-

(52) GÁLVEZ [45], pág. 14.

(53) *Ibid.*, pág. 14.

(54) *Ibid.*, pág. 37.

(55) *Ibid.*, pág. 173.

(56) *Ibid.*, pág. 83.

camente Gálvez, no es únicamente su propia convicción, *sino la del país entero*. Y para alcanzar tan alto objetivo sólo hay un camino: crear un orden nuevo, un nuevo Estado, un Estado fuerte que sea capaz de imponer una nueva economía, de infundir ideales en el pueblo y de conducirlo a una profunda reforma moral (57). Esta situación no es privativa de la Argentina: la era de la política está pasando en el mundo entero (58). Llega entonces Gálvez a atacar lo que durante décadas fuera inatacable en la Argentina: la Constitución de 1853. «Hay que abandonar la Constitución norteamericana de 1853, que no responde a nuestras modalidades y que jamás fue cumplida, y sustituir el actual sistema por el régimen corporativo» (59). No sólo está Gálvez lejos de *El Diario de Gabriel Quiroga*, sino de sus ideas de pocos años atrás.

Como consecuencia lógica de lo anterior, el escritor hace un llamado al surgimiento de un Caudillo, ya que un Estado así concebido debe estar liderado por una mano única y fuerte; el gobierno de muchos habrá de ser reemplazado por el gobierno rápido y eficaz de uno solo, que restablezca la autoridad (60). Años atrás había sido precisa la mano dura de Rosas para acabar con la anarquía disolvente (61); ahora la realidad clamaba por un nuevo Caudillo.

Los nacionalistas del treinta eran partidarios de un cesarismo a la criolla; creían que la voluntad popular debía encarnarse en un líder al estilo rosista, y abogaban por la imposición de una dictadura popular.

Pero Gálvez agrega un matiz no compartido por sus correligionarios, cuyas tendencias son más elitistas y que todavía recuerdan con nostalgia al marcial y aristocrático Uriburu. Para Gálvez, ese jefe ha de provenir del pueblo, será posiblemente un ex socialista o un ex radical, pues la oligarquía, sumergida en la corrupción y en la molición, no es capaz de engendrar un Caudillo que pueda atraerse a las masas. Tal procedencia será una garantía, además, de una condición que Gálvez considera imprescindible: la conciencia social.

Este punto es el que más lo aleja del resto de los nacionalistas argentinos. Dice Gálvez: «En sus declaraciones [de los nacionalistas] hablan del régimen corporativo, pero esto no es todo el fascismo. No he leído hasta hoy ninguna declaración avanzada en cuanto a la parte social del fascismo, como la que ha hecho recientemente el jefe de los fascistas españoles» (62). Considera Gálvez

(57) *Ibid.*, págs. 91-2.

(58) *Ibid.*, pág. 93.

(59) *Ibid.*, pág. 114.

(60) *Ibid.*, pág. 102.

(61) *Ibid.*, pág. 110.

(62) *Ibid.*, pág. 123.

que los miembros de los principales grupos argentinos ligados a esta tendencia, la ANA (Acción Nacionalista Argentina), la ADUNA (Afirmación de una Nueva Argentina), la Guardia Argentina, la Legión Cívica y otras instituciones análogas son más nacionalistas que fascistas, pues se interesan poco por el componente socialista del fascismo, y agrega que, a pesar de sus declaraciones, no dejan de tener algunas vinculaciones con los conservadores (63). En resumen, son dictatoriales y militaristas, no fascistas (64).

Pasa a explicar Gálvez qué entiende él por «contenido socialista del fascismo»: «Hay que hacer obra para el pueblo, repitámoslo, hay que hacer socialismo, pero dentro de un marco de orden, respetando a la familia, a la religión, a las tradiciones históricas, sociales y culturales (...) Justicia social, sí, pero no en la barbarie y en la destrucción. Justicia social dentro del orden, de la jerarquía, de la disciplina» (65). En repetidas ocasiones se declara partidario de un socialismo no materialista, que él identifica con el fascismo: «Si no soy socialista en el sentido concreto y habitual del término, lo he sido y lo soy en su amplio significado. El individualismo es hermano del capitalismo y condena a la explotación del hombre por el hombre» (66). Admira la obra que en materia social ha realizado Mussolini, a la que considera más avanzada que el programa del Partido Socialista argentino (67). En las novelas de Gálvez hay más de un socialista que se transforma en fascista, con lo cual no hace más que expresar un íntimo deseo: que la masa radical y los obreros socialistas se conviertan a esa ideología.

Recibió el escritor numerosas felicitaciones por los artículos aparecidos en *La Nación*, en persona, por teléfono y por correo. Hecho que, sin embargo, no permite deducir que tales artículos alcanzaran una «repercusión insospechada y vastísima» (68), como afirma el autor. El éxito le produce gran alborozo y le empuja a anunciar que «ha comenzado nuestro despertar» (69). Se pregunta cuántos fascistas existen en la Argentina y arriesga una cifra, 50.000, basada en los votos en blanco emitidos en las últimas elecciones, sin tomar en consideración que en un país donde el sufragio es

(63) En lo cual no se equivocaba. Dice NAVARRO GERASI al respecto, en [15], pág. 99: «...era a través de los partidarios de Justo (los «políticos profesionales» conservadores que habían escuchado sus ideas) que los nacionalistas esperaban recuperar cierta influencia. Por lo tanto, continuaban adulando a los políticos conservadores, confiando en separarlos de la Concordancia. El diario de Carulla aprobó incluso el pacto Roca-Runciman y no llegó a encontrar en él nada cuestionable».

(64) GÁLVEZ [45], pág. 124.

(65) *Ibid.*, págs. 103 y 106.

(66) GÁLVEZ [5] pág. 146.

(67) GÁLVEZ [45] págs. 119-20.

(68) *Ibid.*, pág. 14.

(69) *Ibid.*, pág. 64.

obligatorio, votar en blanco puede significar expresiones de protesta de muy diversa índole.

Pero esto no basta, dice Gálvez, hay que ganarse a las masas radicales que, según él, son campo abonado para que prendan las ideas corporativistas. Afirma que, muerto Yrigoyen, muchos radicales creen que se ha cerrado una época de la vida argentina y, ante el avance del comunismo, consideran necesario el advenimiento de un sistema fascista. Señala Gálvez que «... un radical auténtico no está muy lejos del fascismo: es nacionalista, cree que hay que hacer obra para el pueblo y simpatiza con los procedimientos rápidos y aun violentos» (70). Asimismo, proyecta sus propias convicciones en muchos socialistas, quienes, según el escritor, considerarían que el único camino hacia la construcción del socialismo consiste en recurrir al experimento fascista.

Radicales y socialistas deberían formar la base popular del movimiento fascista que el país reclamaba.

Pasado, presente y futuro se funden en estos artículos: los viejos ideales del Centenario, las «nuevas ideas» y una propuesta para el porvenir vehiculizada por la conjunción de ideas importadas y elementos de la realidad nacional evaluados en abstracción del contexto.

En el Centenario, Gálvez buscó en la conjunción del «espíritu estático» y el «espíritu dinámico» la síntesis superadora que, con sentido redentor, fuera capaz de prestar coherencia y solidez de nación a un país viciado por la heterogeneidad de sus elementos constitutivos. De la misma forma, más de veinte años después ofrece una nueva propuesta de síntesis como herramienta para la salvación nacional.

Yrigoyenismo y fascismo

En 1933 muere el viejo caudillo radical. El pueblo, que contemplara con apatía su caída tres años antes, ha reivindicado a su antiguo conductor, incluyendo los errores de su último gobierno, a la luz de los desastrosos efectos del movimiento que lo desplazó del poder. Miles de argentinos se vuelcan a las calles para acompañar al cortejo fúnebre.

Entre esa multitud camina Manuel Gálvez. Impresionado por las innúmeras expresiones de adhesión a la persona de Yrigoyen,

(70) *Ibid.*, pág. 127.

sus viejas simpatías despiertan y concibe la idea de escribir la biografía del caudillo.

Para ello, con la prolijidad que le caracteriza, se informa en profundidad, revisa la documentación de la época, estudia a fondo la historia del período radical y realiza decenas de entrevistas con individuos que conocieron personalmente al viejo líder. Por fin culmina el libro, en el que logra la confluencia, con voluntad superadora, de dos realidades históricas lejanas y disímiles.

A lo largo de toda la obra, Gálvez va haciendo coincidir los postulados que él sustenta con la obra política de Yrigoyen: el caudillo radical ha defendido la independencia de la política exterior argentina frente a las presiones de las grandes potencias y ha postulado la independencia económica del país. Es, por lo tanto, nacionalista y antiimperialista. Tiene, además, sentido de proyección hispanoamericana.

Se ha preocupado por el pueblo, por los desposeídos, por los proletarios, pero dentro de un orden, sin enarbolar la lucha de clases. Gálvez considera revolucionaria la política de Yrigoyen hacia la clase obrera. Su «obrerismo», según nuestro escritor, se parece un poco al laborismo británico y otro poco al aprismo peruano (71); con este último tiene en común la base popular, la exaltación mística del jefe, el amor al pueblo, la actitud revolucionaria; pero le separa del aprismo el matiz marxista que este partido tiene en materia económica. Porque el obrerismo de Yrigoyen, según Gálvez, tiene una base sentimental, patriótica, cristiana y paternal (72). Es por amor al pueblo que Yrigoyen detesta la desigualdad entre los hombres; rechaza, en cambio, el socialismo, por su sentido materialista de la vida y su enemistad para con lo espiritual. La política obrera de Yrigoyen, además, no desdeña el orden y por ello no vacila en recurrir a la fuerza para dominar el movimiento huelguístico de 1919, preparado y dirigido por «maximalistas rusos». Era necesario dominar aquella tentativa de revolución social, con el fin de evitar males mayores (73). «De no haber sido por él, la Argentina hubiera sufrido tarde o temprano una tragedia social como la de España» (74), afirma Gálvez.

El escritor llega, por primera vez, a reivindicar la Reforma Universitaria, la que pretendiera alcanzar la democratización de la enseñanza mediante la intervención de la plebe estudiantil en el gobierno universitario. «A primera vista, esto parece absurdo (...).

(71) M. GÁLVEZ: *Vida de Hipólito Yrigoyen, el hombre del misterio*. Buenos Aires, 1939, página 319.

(72) *Ibid.*, pág. 319.

(73) *Ibid.*, pág. 140.

(74) *Ibid.* pág. 322.

Pero con el tiempo pasan los excesos (...). Y cuando se leen los nombres de numerosos y excelentes profesores jóvenes, que han llegado a la enseñanza por sus méritos y no por sus apellidos, que suenan a inmigración, ni por sus vinculaciones sociales, que no las tienen, comprendemos cómo la Reforma ha sido una buena idea» (75).

Preocupado siempre por el materialismo y falta de espiritualidad del país, Gálvez encuentra que Yrigoyen fue el único presidente de la historia argentina para quien lo espiritual ocupaba una jerarquía más alta que el progreso y las finanzas. Es el primer gobernante argentino que invoca a Dios, a la Divina Providencia y a los Evangelios en sus documentos oficiales y, además, se opone a la Ley del Divorcio pues, en palabras de Gálvez, «amenaza conmover los cimientos de la familia argentina en su faz más augusta» (76). El advenimiento de Yrigoyen al poder «significa, en lo espiritual, una trascendente revolución» (77).

Gálvez aboga por la jerarquía, e Yrigoyen la ha realizado, colocando «en el lugar que le corresponde: a la Iglesia, dentro del Estado; a la familia, dentro de la sociedad, y al padre y al marido, dentro de la familia» (78).

¿Cómo conciliar la probada vocación democrática de Yrigoyen, que ha luchado toda su vida contra el fraude electoral y durante cuyos gobiernos la libertad de prensa alcanzó las cotas más altas de la historia argentina, con el rechazo por el parlamentarismo y las formas antidemocráticas que Gálvez propugna militantemente en este período de su vida?

En primer lugar, hace una concesión: dice del sufragio, al que tanto denostara en sus artículos periodísticos, que es un arma tan poderosa como un fusil, pues opina que por medio del voto, sin disparar un solo tiro, se había realizado la revolución hitlerista en Alemania. «Del principio de igualdad de los hombres ante la urna se desprende la consecuencia del gobierno, directo e indirecto, de las masas; y del gobierno de las masas, la obra que realiza los intereses de las masas. El sufragio universal y secreto implica, pues, un principio de revolución social» (79).

Por otra parte, dice Gálvez, aunque él no sienta la menor ternura por la democracia, considera sagrado el acto de un hombre que expresa solemnemente su voluntad (80).

(75) *Ibid.*, pág. 324.

(76) *Ibid.*, pág. 329.

(77) *Ibid.*, pág. 324.

(78) *Ibid.*, pág. 324.

(79) *Ibid.*, pág. 241.

(80) *Ibid.*, pág. 280.

En este punto acaba su indulgencia hacia las formas democráticas. El problema que se plantea es: ¿Fue Yrigoyen un demócrata?

En primer lugar se pregunta Gálvez qué es lo que caracteriza a un gobierno totalitario. Respuesta: la supresión del Parlamento. Yrigoyen no lo suprimió, pero obtuvo del Congreso, durante su segunda presidencia, una absoluta sumisión. «Y no por verlo sumiso ante él deja de despreciarlo. Acaso lo despreciaría más entonces que nunca.» Las convicciones democráticas de Yrigoyen —imagina Gálvez— «habrán vacilado ante el fracaso del parlamentarismo» (81).

En contraposición a la obra del viejo caudillo, Gálvez critica duramente al régimen instaurado en 1880, que no hizo nada por el pueblo y entregó el país al capitalismo extranjero. Sólo dos gobernantes se salvan: Rosas e Yrigoyen, que actuaron en favor de los desposeídos y defendieron la independencia económica y espiritual del país (82). Amigos y enemigos, dice Gálvez, coinciden en afirmar la semejanza de Yrigoyen con Rosas, y eso significa el reconocimiento de *las aptitudes dictatoriales del caudillo radical*. No acaban ahí los símiles totalitarios: Yrigoyen se parecería a varios dictadores: a Robespierre, al doctor Francia, a Stalin. Y, por supuesto, a Mussolini. Las aptitudes dictatoriales de Yrigoyen no son un defecto, sino una virtud. A esa condición debe el país la salvación de su independencia espiritual durante la Gran Guerra; porque «el personalismo es, a veces, la salvación de un pueblo, lo que le lleva a sus grandes destinos». Pues «¿qué hubiera sido de Italia sin el formidable y creador personalismo de Mussolini?» (83).

Gálvez, que propugnara un gran movimiento, una sacudida que trajera al país profundos cambios morales y políticos, considera que existió una verdadera revolución radical, que cambió la fisonomía moral del pueblo y produjo una conmoción profunda en la sociedad argentina (84). Esa revolución es derechista, pues, según Gálvez, el radicalismo es más un movimiento de derecha que de izquierda, ya que se preocupa por el proletario, pero no acepta la lucha de clases, tiene un fondo cristiano y espiritualista y respeta a la Iglesia y a la familia. En una forzada polarización (Roma o Moscú), Gálvez identifica a los enemigos de Yrigoyen con la izquierda, por su liberalismo, su europeísmo y sus simpatías hacia el viejo Partido Unitario. «Entre ellos abundan los divorcistas y los partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado» (85).

(81) *Ibid.*, pág. 280.

(82) *Ibid.*, pág. 368.

(83) *Ibid.*, pág. 264.

(84) *Ibid.*, pág. 238.

(85) *Ibid.*, pág. 242.

Finalmente llega la identificación, tan cuidadosamente preparada, del radicalismo yrigoyenista con el fascismo: «El Partido Radical aspira, como el fascismo italiano, a hacer obra para el pueblo dentro de un marco de orden, respetando las tradiciones religiosas, familiares y sociales. Como en el fascismo, la doctrina radical se va formando poco a poco, pero lo que en fascismo es consciente y racional, en el radicalismo es instintivo, “irracional” o “infrarracional”. Con Yrigoyen entran a actuar las grandes masas, como en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler» (86).

Gálvez ha conseguido fundir en una misma postura las dos tendencias de las que espera la salvación de la Patria.

El fascismo es visualizado por él como la corriente ideológica que resume todos los ideales y aspiraciones que ha predicado durante décadas: espiritualidad, orden, justicia social y base popular. El radicalismo, por su condición de movimiento de masas no contaminado por el catecismo marxista, representa la posibilidad de conferir legitimidad a ese andamiaje ideológico e inyectarle contenido nacional; en una palabra, argentinizarlo. Para lograr esa síntesis de dos realidades lejanas y disímiles, el escritor ha debido forzar los datos de la realidad hasta lograr que encajen en una construcción preconcebida.

Gálvez no analiza la realidad para extraer conclusiones que se ajusten a sus estrechos márgenes. Intelectual idealista, no se aboca a las soluciones prácticas, sino a los grandes conceptos, las construcciones elaboradas, teóricamente justificadas, más o menos impecables desde una lógica subjetiva y voluntarista. En tal perspectiva no es la idea la que he de ajustarse a la realidad, sino a la inversa.

Cuando en el año del Centenario Gálvez publicara *El Diario de Gabriel Quiroga*, el movimiento radical llevaba ya años de lucha por la apertura de una vía hacia la participación en el poder político. Esa participación sería uno de los canales abiertos para la integración de elementos extraños que propugnaban Gálvez y sus compañeros de generación.

El escritor había construido su aporte al pensamiento del Centenario en base a la observación y asimilación de inquietudes colectivas, que ordenó, procesó y tradujo en planteamientos de contenido original y carácter dinámico. No pudo apreciar, sin embargo, más allá de las soluciones superestructurales por él propugnadas, la agitación de elementos que materializaban las inquietudes que él mismo, como observador de la realidad, había recogido.

(86) *Ibid.*, págs. 242-3.

Aquel primer desencuentro con la materialidad candente del movimiento popular sólo pudo ser resuelto veinticinco años más tarde mediante una esforzada construcción intelectual que le condujo a despojar al radicalismo yrigoyenista —bases y líder— de las características que hacían a su esencia. El país real sólo podía ser aceptado y asimilado mediante su adaptación a las exigencias de una utopía redentora.